

Hermanos:

Esta mañana de la Fiesta de Pentecostés hemos celebrado el entierro y la misa de despedida de nuestro querido hermano Sacerdote

D. MANUEL IVORRA SEGURA

Al celebrar la fiesta del Espíritu hemos dado gracias al Señor porque a lo largo de su vida y su historia la presencia de ese Espíritu que celebramos se ha hecho realidad en una larga serie de realizaciones y méritos, sobre todo, en relación con esta casa de Pamplona.

Hace seis años, D. Manuel Ivorra había sido operado de un cáncer de colon, viéndose los médicos obligados a quitar una parte del tumor pero sin llegar a quitarlo del todo, puesto que las posibilidades de vida que dieron, a pesar de la operación, fue de cinco meses.

D. Manuel, como le gustaba ser llamado, quiso tener desde el inicio de aquel proceso una información precisa sobre la gravedad, las posibilidades de curación, las secuelas o dificultades que podrían seguirse de cada una de las soluciones estudiadas por los médicos, e informado de todo ello, tomó una decisión: «Dios me ha dado la vida para defenderla, y la defenderé».

Al fin y al cabo es lo que ha hecho a lo largo de estos seis años: los médicos quedaron sorprendidos al comprobar que los meses iban pasando y que D. Manuel podía continuar su vida con un nivel aceptable de normalidad. Su edad avanzada, su estilo de vida metódico y, sobre todo, sus ansias de vivir parecían haber realizado el «milagro», si bien él siempre afirmaba que lo único que había pedido siempre era «hacer la voluntad de Dios» más que curarse o vencer el mal que llevaba dentro.

El día del Pilar de 1993, estando en su cuarto y, posiblemente, como consecuencia de algún mal movimiento, complicado con síntomas de la enfermedad de Parkinson que empezaban a aparecer, sufrió una caída en su cuarto con

la desagradable consecuencia de una fractura de fémur.

Internado de urgencia los médicos nos hicieron saber la gravedad del momento. No quedaba más remedio que la inmovilización o la intervención quirúrgica con no poco riesgo.

D. Manuel, una vez recibida con plena conciencia y a petición propia la Unción de Enfermos, optó por correr el riesgo de la operación, de la que salió adelante, si bien con cierta dificultad de movimiento que, en sus 80 años, difícilmente podría superar con ejercicios de recuperación.

Aunque esa limitación le llevó a desplazarse en una silla de ruedas, decidió seguir su vida con normalidad, algo más limitada al espacio de su habitación y los locales de la Comunidad.

La silla de ruedas y la ayuda de las enfermeras, le daban la posibilidad de salir a pasear, siempre que el tiempo lo permitía, por los exteriores de la casa, así como de recorrer algunas de sus secciones o hacerse presente durante algunos breve tiempo en su despacho de la Secretaría de esta gran escuela de Formación Profesional. ¡Era su mundo y no renunciaba a él!

Durante estos años D. Manuel ha hecho serios esfuerzos para compartir los tiempos de comedor con la Comunidad y, podemos decir que, con la ayuda de los hermanos, apenas algún día, ha dejado de estar con nosotros durante esos momentos de fraternidad.

Su voz, sumamente debilitada le impedía conseguir unos buenos niveles de conversación, pero siempre se mostraba interesado en conocer las cosas que pasaban en la escuela, comentar las noticias de prensa o de la Comunidad...

El pasado mes de Febrero, D. Manuel comenzó a decaer en su estado de ánimo. Sus silencios eran cada vez más evidentes y sus ganas de seguir la vida diaria parecían disminuir: «*Ya he vivido mucho*» o «*¡cuánto cuesta morirse!*» empezaban a ser frases frecuentes en su conversación.

Sin embargo, seguía luchando por vivir y por mantener un nivel digno de existencia en el que la relación con los hermanos fuera lo menos incómoda posible.

Asumía que los estábamos muy ocupados por la vida ordinaria de nuestra obra educativa y no quería convertirse en una carga más para la Comunidad en la que decía «*¡cuántos viejos hay!*»

Por eso la atención cuidadosa y especialmente cariñosa de Isabel o Nieves, enfermeras, que diariamente le acompañaban durante unas horas, era para él un motivo más de reconocimiento de cuanto la Comunidad hacía por atenderle.

Lo mismo podemos decir en cuanto a su gratitud hacia los hermanos que le atendíamos en otros momentos.

Los médicos, en esas fechas, nos daban la noticia temida, pero cierta: el tumor callado durante estos años, se había reactivado y aparecían síntomas de metástasis en diferentes zonas del organismo.

Aunque sabíamos que nos quedaba D. Manuel para poco tiempo, no valía la pena intentar ningún tipo de terapia agresiva sino mantener su calidad de vida en el afecto y cuidado de cuantos le éramos cercanos.

Unos días antes de la fiesta de María Auxiliadora, D. Manuel tuvo que ser internado de nuevo con urgencia en la Clínica Universitaria de Pamplona. La metástasis había hecho notar sus efectos en el encharcamiento pulmonar y sentía grandes dificultades para respirar.

Realizada una aspiración de líquido, parecía poder reponerse,

pero D. Manuel había sido vencido: *«no merece ya la pena seguir luchando»*, *«esta vez va a ser el final»*, decía, convencido y sereno, en el reconocimiento definitivo de su limitación.

En efecto, quince días han bastado para terminar su carrera.

El jueves, día 1 de Junio, se volvían a manifestar síntomas de oclusión intestinal, el viernes por la noche, sufría un nuevo empeoramiento en su disnea y el sábado, día 3, a las 10,20 de la mañana, moría D. Manuel a la edad de 83 años, 60 de profesión religiosa y 49 de sacerdocio.

Terminaba así una vida salesiana larga, fecunda y llena de gestos concretos de servicio al mundo de la Educación. sobre todo, en esta Escuela Profesional de Pamplona.

La festividad de Pentecostés que celebrábamos el día 4 de Junio, no impidió que muchos hermanos y conocidos de D. Manuel y la Familia Salesiana se dieran cita en los momentos del entierro y de la Eucaristía aplicada por su eterno descanso.

Una mañana radiante de sol trabajo hasta nuestra casa a Antiguos Alumnos, gente del mundo de la empresa, miembros de otras Comunidades Religiosas de la zona,

políticos relacionados con la Educación, miembros de nuestra Comunidad Educativa y otros muchos amigos y amigas de D. Manuel que acompañaron a sus familiares venidos desde lejos y a nuestra Comunidad en el gesto doloroso y esperanzado de dar el último adiós al salesiano, al sacerdote, al ejecutivo, al técnico o al amigo que no había pasado de vacío por nuestras vidas.

La celebración de la Eucaristía en familia, antes de realizar el sepelio del cadáver y la Eucaristía celebrada en nuestra Iglesia, después del entierro, han sido un momento de consuelo y, sobre todo, de presencia del Espíritu que, en esta fiesta de Pentecostés, ha dado plenitud definitiva a los trabajos y los días de D. Manuel.

DON MANUEL

Como D. Manuel Ivorra era un hombre sumamente consciente de su realidad y preocupado por la eficacia de lo concreto, hace más de un año, se hizo ayudar de Esther, Secretaria de la Escuela y brazo derecho en su quehacer de gestión a lo largo de muchos años, para redactar algunos elementos, que él denominaba «memorias». Era su modo de facilitar

la redacción de esta carta mortuoria.

Sabía que no resulta fácil al Director recabar datos suficientes sobre la vida de los hermanos, por lo que en un gesto de lucidez y de ayuda, dejó escritas unas cuantas páginas que van a servir de base a la primera parte de esta carta.

«*El 19 de Setiembre de 1911 –dice D. Manuel–, nacía en GORGA (Alicante), Distrito de Cocentaina, Manuel Ivorra Segura, hijo de Manuel Ivorra Martínez y Emilia Segura Sempere.*

Hermanas del mismo son Emilia, Carmen y Lola, todas ellas difuntas».

Era D. Manuel el más pequeño de los cuatro.

«*Tendría yo unos seis años cuando fui confirmado por el Arzobispo de Valencia, creo que Monseñor Melo, al que fuimos a ver, con otros compañeros hasta el Calvario, por donde pasaba, camino de Millena.*

La primera Comunión la hice sobre los 10 años, con los padres Jesuitas que habían venido al pueblo para dar una misión.

Recuerdo que me gané un premio repitiendo una parábola, la del Hijo

Pródigo, en las catequesis que hacían todas las mañanas.

Entre los acontecimientos religiosos que recuerdo figura la boda de mi hermana Emilia con Vicente Olcina, aunque antes pasó un hecho desagradable:

Faltaban pocos días para la fiesta y era costumbre repartir entre los vecinos del pueblo el alojamiento de los músicos que venían con la banda para amenizar la fiesta.

Una noche vino el alguacil a preguntar cuántos músicos íbamos a recoger y mi padre, con voz destemplada, le contestó que ninguno porque no estaba la cosa para músicas.

Cuando se fue el alguacil hubo llores de mis hermanas y mi padre nos dio la explicación: estábamos arruinados y nos habían embargado todo.

Resultado de todo ello fue la venta del mejor bancal que poseíamos en los Estrets. Un bancal con olivares que daban buen fruto. Se habían plantado para sustituir las viñas afectadas por la filoxera.

Era, con mucho, el mejor bancal y cada vez que pasaba por allí, yo chaval, me preguntaba por qué habíamos tenido que venderlo para pagar las contribuciones.

La respuesta me vino de un tío mío, religioso camilo, que, cuando coincidi-

mos en un viaje, al hablar de mi niñez, me dijo que mi padre había sido una víctima más del juego.

En efecto, por aquel entonces venían para las fiestas de Navidad jugadores procedentes de Castalla o Castells para hacer de «banqueros» en el Juego del monte.

Más tarde fue prohibido por la dictadura de Primo de Rivera, con gran alegría de las familias, porque este juego era causa de que muchas fortunas se perdieran.»

Fácilmente se entiende que D. Manuel destaca unas experiencias que iban a marcar a la persona y que, desde pequeño, van a determinar un sentido de la economía, de la austeridad, del valor del trabajo, de lo concreto... Era lo que a veces entre bromas y veras le decíamos algunos: un cierto sentido «fenicio», comercial de la vida.

ALGUNOS RASGOS DE SU PERSONALIDAD

D. Manuel Ivorra ha asumido a lo largo de su vida una serie de tareas y servicios dentro de la Congregación que fueron marcando decisivamente su forma de ser y, sobre todo, su apariencia.

Visto desde fuera, podría considerársele más bien frío, calculador, con una mentalidad tecnocrática que va más allá o pasa por encima de las personas, severo y lineal en sus juicios, con un sentido de la vida demasiado horizontal, científico, sin excesivos espacios para la teología o la mística.

Sin embargo D. Manuel, era hombre sensible, abierto a su tiempo, hombre de diálogo, trabajador, austero, a pesar de los muchos dineros que ha tenido que manejar a lo largo de su vida, preocupado de su formación y puesta al día, agradecido e interesado por la vida y los acontecimientos de cuantos le rodeaban.

De temperamento fuerte, con momentos de genio manifestado hasta los últimos días de su vida, era atento, educado en la relación, amigo de sus amigos y con un sentido de indiscutible fidelidad a las personas y las instituciones con las que entraba en contacto.

Hay algunos rasgos especialmente significativos que merece la pena poner de relieve.

D. MANUEL, SACERDOTE

Tenía muy claro que lo era y le gustaba ejercer su sacerdocio. Su

especialización técnica como perito industrial, daría pie a centrarse tanto en un mundo en constante evolución tecnológica, que el ejercicio del sacerdocio podría haber quedado en un segundo plano.

Y no fue así. De hecho recordaba con cariño su actividad como catequista en Horta y consejero en Sarriá, sus años de encargado de la Eucaristía de 12,30 en nuestra iglesia de Pamplona, y no desaprovechaba la ocasión para dejar caer una buena palabra en aquellos con los que se encontraba.

Cuando hace seis años afrontó con absoluta serenidad y casi frialdad la «sentencia de los médicos» que le daban cinco meses de vida, fue despidiéndose de todos: alumnos, familiares, amigos... «*Los médicos me han dicho que me queda... y quiero despedirme... Esto o aquello no me va a hacer falta a mi y a ti te vendrá bien en tu trabajo*».

De este modo iba desprendiéndose de las pocas cosas acumuladas a lo largo de sus años: algunas cintas magnetofónicas, el transistor, una cámara fotográfica...

Cuando, después le preguntaban sobre el fundamento de esa serenidad, le salía espontáneo y con un gesto indiscutible de genio: «*Es lo que he estado predi-*

cando toda mi vida... y ahora ¿no voy a creerlo?»

Era un signo más de una interiorización de actitudes y convencimientos desde su fe sacerdotal que iban dejando huella permanente y profunda en su ser y que hacer de cada día.

De hecho, a lo largo de estos años en que ha quedado más limitado en la dimensión pública de su vida, siempre se preocupó de mantener vivo el sacerdocio con el rezo del breviario, mientras pudo, y sobre todo, con la celebración de la Eucaristía diaria, en la capilla o en su propia habitación.

Era una de las constantes de su jornada que unía a su rezo del Rosario y a la atención a la dimensión religiosa de la vida de la Iglesia.

A pesar de su dificultad quería participar en las manifestaciones religiosas de nuestra Comunidad y, así como, mientras pudo, el 24 de mayo se contentaba con dar a besar la Medalla de María Auxiliadora a los fieles que venían a festejarla en nuestra Iglesia, los últimos años, desde su silla de ruedas, y en un lateral del Presbiterio, no dejaba de concelebrar en la Eucaristía de nuestras fiestas colegiales.

Cuando el año pasado fue a Lourdes con la Peregrinación de enfermos de Navarra, comenta como un «privilegio» la posibilidad de oír misa desde su silla de ruedas, en un lugar más cercano al altar

Esta dimensión sacerdotal de su vida le unía, de manera especial, con los compañeros de Teología de su curso «ex viginti», a los que, tan sólo hace unas semanas, con su enfoque científico-técnico de la vida les pedía datos para hacer una estadística sobre el desarrollo de las funciones sacerdotales: predicación, celebración pública de la Eucaristía, tiempo de confesonario...

En el fondo de este último gesto latía el sentimiento de su propia limitación que, de alguna forma se vería reducido al saber que otros compañeros de su promoción permanecían en la brecha de la pastoral activa.

Un signo más de su preocupación por la vida de la Iglesia era su postura de acogida y comprensión ante las dificultades que experimentan los hermanos más jóvenes para la acción pastoral directa entre los jóvenes.

Otro posible reflejo de esta sensibilidad eclesial podría ser su

preocupación por estar atento y cuidar exquisitamente su relación con el Sr. Arzobispo u otros sacerdotes miembros del clero diocesano que comparten con nuestra Comunidad algunos días de fiesta.

D. Manuel ha fallecido con el sentimiento de no llegar, por un año de distancia, a ver colmada su ilusión de celebrar los 50 años de sacerdocio, aunque ante la dificultad de llegar en buenas condiciones para esas fechas, valoraba haber celebrado con mayor intensidad el encuentro de todos los compañeros al cumplir los 40 años de su ordenación.

Para él el 8 de Setiembre, Festividad de la Virgen, le «recuerda la fecha en que, tras recorrer desde el 24 de Julio diferentes campos de concentración, caigo liberado en el Colegio de Córdoba, donde confieso y comulgo después de dos años de guerra».

Son detalles, quizás no demasiado relevantes, pero sí reveladores de la vivencia interiorizada del carisma sacerdotal desde el propio ministerio y desde la actitud de servicio a la causa del Reino.

D. MANUEL, SALESIANO

De nuevo es D. Manuel quien nos habla de su andadura en la vida salesiana.

«*La vida en el pueblo se hacía difícil y mi padre determinó llevarnos a vivir a Alcoy.*

Aquí llegaron los salesianos en el año 27 o 28 y yo, que ya trabajaba en la sombrerería de Eduardo Martínez, me apunté a las clases nocturnas, siendo mis profesores D. Antonio Recasens y D. Silverio Maquiera.

El 2 de Enero de 1929, decidí ingresar en Villena como Aspirante y, desde allí, D. Ramón Cambó me envió a Campello a hacer el primer año de latín.

Durante el año siguiente hice segundo de latín, pero ante la quema de conventos a finales de Mayo de 1931 tuvimos que salir de Campello.

Salimos con D. José Jiménez, hoy fraile cisterciense en el Monasterio de la Oliva, con lo puesto, carretera de Jijona, a pie... Y otra vez a Alcoy.

Durante el Curso 31-32 nos recogían en el Tibidabo y comenzamos el Curso inaugurando la casa de San Vicenç dels Horts.

Ese año fui llamado a filas y tallado en Tarrasa, pero pedí prórroga.

Así durante el curso 1933-34 pude hacer el Noviciado en Gerona. ¡Fue el año de la Canonización de San Juan Bosco!»

Aunque su recuerdo de estos años era muy positivo puesto que, llevado de su sentido de lo concreto, entendía que las dificultades de la época tenían sus raíces más en el ambiente social, que en las estructuras lógicas de un Seminario, en ningún momento, aparecía en él una postura de añoranza, de desear volver a aquellos tiempos o a aquellas estructuras formativas.

Entendía, con lucidez, que la evolución de los tiempos exigía formas nuevas, no exentas de dificultades y, a menudo, con enfoques muy distantes de los que la tradición consideraría más seguros.

En concreto, al hablar de su aspirantado en San Vicenç dels Horts hace las siguientes observaciones:

«La casa era pequeña y muy pobre. La capilla era una de las antiguas bodegas. El dormitorio una habitación de arriba en la que cabían 12 camas. El comedor una de las naves de la bodega, paralela a la capilla.

No teníamos, en principio, más que un salón que estaba al otro lado

de la vía. Más tarde habilitamos un saloncito que había en el patio interior. Las aulas eran dos, en el primer piso, con capacidad para una docena de aspirantes.

Construimos el frontón a lo largo del primer año y recuerdo que la cantidad de carretillas que traje desde el frontón, se me caían ya de las manos. La tapia de la vía se hizo más o menos en el mismo tiempo...».

Habla de sus libros de texto: el Guría de Latín, el Catecismo de Pío X para la Religión y el libro de F.T.D. para el Castellano.

También recuerda los «paseos a las montañas del fondo, yendo para el pueblo de Roig..., los paseos del jueves por la tarde a las montañas del pueblo o hasta Molins de Rei y una excursión de todo el día al Tibidabo».

«Había clases de canto y piano todos los días, para cantores y para el grupo general, aunque a los que éramos de mal oído nos decían que cantáramos flojito, en las clases para cantores».

Recuerda que practicaban casi todo tipo de juegos: «creo que menos fútbol, todo».

Los «cargos» también eran habituales en las casas de formación: «yo era ayudante de cocina y como cosa especial recuerdo que

cuando pasó un Monseñor, no obispo, de las misiones, trajo tres frutas que eran un verdadero muestrario de los frutos de la huerta de S. Vicente. Fueron preciosas.»

Así, D. Manuel, como tantos otros salesianos de su generación, iban interiorizando un conjunto de actitudes que marcarían toda su vida y que pueden resumirse en esta apreciación personal: «*Solamente vivíamos para el estudio, la piedad, la alegría y la gran familiaridad. El Espíritu Salesiano era completo.*»

Esa era la síntesis vital del Espíritu Salesiano manifestado en su vida:

- *el estudio*, la información permanente, la apertura a la ciencia, el afán de estar al día, tomar en serio el cumplimiento del deber y el rigor científico...
- *la piedad*, sencilla, pero mantenida, vivida en la vida ordinaria de la clase, las relaciones interpersonales y las múltiples actividades de gestión de las estructuras, con sentido de gratitud a Dios que le quería.

De hecho al recibir hace dos años la Unción de Enfermos terminaba con una conversación sencilla: «*Lo único que tengo que*

hace es darle muchas gracias a Dios que me ha dado tanto.» Y lo hacía con un rostro que expresaba el convencimiento de cuanto nos decía.

La alegría vivida con intensidad en las satisfacciones de cada día, de cada hermano, de cada una de las estructuras en las que desenvolvía su quehacer y sentido en la cercanía de los amigos, en la caricia o el regalo de unos caramelos a los hijos de sus colaboradores, en la sonrisa condescendiente y hasta la broma con quienes le visitaban en la clínica: «*Estoy bien... ¡Bien mal!*», solía decírnos. Y, como es natural en el ¡qué alegría me dais! dicho a su sobrina el jueves antes de morir, al saber que iban a venir a verle el sábado.

Una alegría que evocaba las salidas al campo de años atrás con la Comunidad, en las que ponía de relieve sus cualidades de cocinero preparando una buena paella para todos.

La gran familiaridad, manifestada en la relación con las personas a las que hubo de acercarse por razón de su trabajo.

Sabía, D. Manuel, ser amigo de sus amigos, telefoneando, preocupándose de las felicitaciones de Navidad, del envío del Calendario

de María Auxiliadora, de que no faltase la invitación para tal o cual fiesta, de saludar siempre y con afecto a tantas personas como visitan o conviven algunos días con nuestra comunidad.

A pesar de una apariencia e indiscutible barniz «de tecnócrata» quería estar al día de los acontecimientos de la casa, de la inspectería, de la Congregación... y si en algunos momentos, que no faltaron, tenía que manifestar una postura crítica, sabía hacerlo con discreción y en familia. ¡Era su casa y su familia!

Puede decirse que, en estos últimos años, D. Manuel ha sabido ser «abuelete», sin dejar de ser él: curioso, enterado, firme en sus planteamientos, exigente y algunas veces duro en alguno de sus juicios. Y siempre, sintiendo en familia o viviendo, no pocas veces, desde el silencio, algunas situaciones no de su agrado.

D. MANUEL, HOMBRE DE HOY

Con frecuencia D. Manuel solía decirnos: «*Siento haber nacido tan pronto. Me gustaría haber nacido más tarde para ver lo que va a ser el desarrollo de la ciencia, de la técnica...*».

Y es que esa era una de sus grandes preocupaciones: la ciencia, la técnica, la historia que se iba desarrollando en cada momento, sobre todo en relación con el mundo de la educación y de la Escuela.

De hecho ya de pequeño un cambio importante en la Historia de España: «*Corría el año 1923, durante la Dictadura de Primo de Rivera, cuando llegaron al pueblo dos guardias del casco de Alcoy. Esa fue, para los niños, la única señal del Dictador*».

Y fue un adelantado de su tiempo, puesto que en los años 1943-1946, dice, «*fui destinado a Carabanchel para estudiar Teología, simultaneando los estudios con los de Peritaje Industrial*».

D. Manuel creía en la técnica como instrumento de educación, y estaba convencido de que el proceso de desarrollo tecnológico era bueno, a pesar de los peligros que entraña.

Por eso nunca renunció a que la Escuela estuviera dotada con los medios didácticos más modernos.

Lo que, no pocas veces le llevó a hacer tabiques, para volverlos a cambiar no mucho más tarde, era fruto de su inquietud por mantener una Escuela dinámica y avan-

zada en los medios y esquemas de comunicación de la ciencia.

Le gustaba la conversación con personas entendidas en diferentes materias, y, desde siempre, intuyó la necesidad de incorporar las nuevas tecnologías a los esquemas de gestión de la Escuela: hace muchos años las máquinas de escribir eléctricas, con posibilidad de programas o diskettes incorporados, después el ordenador.

Hace sólo dos años, a los 81 de edad, después de su operación de cáncer y con las limitaciones propias de la edad, D. Manuel se empeñaba en intentar aprender el manejo del Ordenador y del Programa Word Perfect.

Se le veía con «prisas» por aprender el manejo de todos los comandos, con impaciencia ante lo que no le salía bien, y ¿cómo no?, con la tendencia a tener cerca de sí a quienes pudiesen solucionar rápidamente los problemas que la técnica le planteaba.

En nombre de esa curiosidad por lo actual, no renunció nunca a leer «su» periódico, y avisar con toda rapidez a los interesados sobre cualquier noticia que se refiriese a su función: noticias sobre la Escuela, subvenciones, determinaciones del Gobierno sobre Educa-

ción... ¡Había sido su vida y seguía siéndolo!

Hasta la semana en que fue internado definitivamente en la Clínica, D. Manuel, asumió la tarea de adquirir las revistas de actualidad que suelen llegar a las comunidades y entre ellas no faltaba nunca alguna de tipo científico-técnico.

Las leía. Retrasaba su llegada a la Comunidad, pero es que quería estar al día de la política, la economía, la vida social, el mundo y la historia de su tiempo.

De hecho consideró que su salud ya iba de caída cuando notó que se cansaba mucho leyendo.

Cada mes, no le podía faltar un libro sobre la historia de la actualidad, y en la mesa de su habitación quedó para siempre la edición 1995 de «El estado del Mundo» que resume las noticias aparecidas a lo largo del año anterior y referentes a los diferentes aspectos de la vida social. ¡Un signo más de su interés por estar al día!

Su sentido de lo práctico y de la eficacia le hacía sentir como exigencia real de la Escuela, en años pasados, la necesidad de una abundancia de retroproyectores, reproductores de cintas de audio y video, sistemas de proyección de

todo tipo..., y en la actualidad hablaba de la necesidad de incorporar la Escuela a las redes de correo e información por sistemas telemáticos.

La dificultad de tener que mover el teléfono de su cuarto para adecuarlo a los lugares donde podía colocarse, le hacía ver que tenía que haber un sistema de radio que manejase el propio teléfono. No huía de cualquier adelanto, aunque, con frecuencia, víctima de su propia impaciencia, hacía algunas inversiones que, un poco más tarde, iban a exigir nuevas inversiones de actualización.

Don Manuel había asumido el cambio de la Historia y, aunque, no pocas veces se manifestaban en él los reflejos de una educación basada y asimilada en esquemas dictatoriales, entendía el valor de la democracia, el valor de la participación o de contar con la opinión de los demás, sin renunciar, cuando fuere necesario, al valor y sentido de la autoridad.

Estar al día y, dentro de lo posible, ir por delante, ha sido siempre una característica eminentemente salesiana de nuestras Escuelas de Formación Profesional que D. Manuel supo vivir con intensidad hasta los últimos días de su vida.

D. MANUEL, HOMBRE DE LA F.P.

Era técnico, tenía una mentalidad técnica, la eficacia era una de las claves de sus actuaciones..., pero sin perder nunca el sentido profundo de su trabajo: prestar un servicio educativo de calidad a la juventud y a la industria navarra que tiene no poco que decir en homenaje de un hombre clave en sus estructuras y sistemas de Formación Profesional.

Este fue su campo de especialización: siempre preocupado por la mejora y eficacia de la Formación Profesional, por la financiación de cada uno de los alumnos y las especialidades, tuvo especiales relaciones con las instituciones responsables de la F.P., actuando, incluso durante bastantes años, como Inspector del Secretariado de Formación Profesional de la Iglesia en la zona Norte.

Su recuerdo queda especialmente vinculado al desarrollo de la Formación Profesional en la Escuela de Aprendices de IMENASA, empresa importante del sector metalúrgico de Navarra, al desarrollo y renovación de la F.P. en nuestras Escuelas y al diálogo permanente con las diferentes Administraciones que, por encima de ideologías políticas, siempre han

sabido apreciar en D. Manuel su sentido del trabajo, su honestidad y su claridad de planteamientos a la hora de las diferentes negociaciones, buscando el mantenimiento de las becas para los alumnos, los salarios del profesorado o las posibilidades de una permanente inversión que mantuviera la Escuela en un nivel adecuado a los avances tecnológicos.

Negociaciones arduas, lentas, pesadas, con idas y venidas, con mejor o peor cara, fueron lugar de trabajo y evangelización en las que D. Manuel supo ganarse con bondad el aprecio de muchos y la mirada benevolente de los poderes públicos hacia la Formación Profesional.

D. MANUEL, HOMBRE DE TRABAJO

Su historia le había marcado: la ruina de su casa, la necesidad de simultanear trabajo y estudio, la formación en el trabajo durante los años de Seminario, el ejemplo de tantos hermanos en la clase, en el taller, en los despachos, y, sobre todo, su argumento del padre de familia, trabajador habitual, que debe ganar el pan de cada día, fueron configurando a D. Manuel como un gran trabajador, incansa-

ble, siempre ocupado, imaginando nuevas perspectivas para las tareas que le tocó desempeñar a lo largo de su vida.

El sentido práctico de su vida le ha llevado a no desperdiciar el tiempo y a poner en marcha resor tes de trabajo eficaz en su relación con la escuela y la Administración Pública.

Los Convenios con la Diputación de Navarra, la tarea de concretar nóminas, horarios, presupuestos, obras y transformaciones de la casa, el apoyo a los Directores de la Casa con el trabajo oscuro de preparar dossieres sobre los más distintos asuntos en una Escuela de actividad variada e intensa, han sido elementos que expli can su cariño y dedicación a la causa de la Formación Profesional de Navarra.

D. Manuel era hombre de ges tión. Su preparación en el campo Administrativo que le sirvió para ocuparse en tareas administrati vas y no ir al frente durante el período de la guerra civil, des pués iba a ser una herramienta de trabajo en las muchas batallas en pro de la Escuela Profesional Sa lesiana de Pamplona y de la For mación Profesional de Navarra en general.

D. MANUEL, HOMBRE DE FAMILIA Y AMIGO

Se trata de otro aspecto importante en la vida de D. Manuel.

En sus apuntes para la carta mortuoria cita con precisión el cuadro de sus antepasados paternos y maternos desde 1863, extrañándose, curiosamente que entre ellos existiera un coronel y un médico «cuando la fortuna de mis abuelos era de campesinos pobres».

Cita, como es natural, a sus compañeros de Teología y a sus amigos de Alcoy, de Cocentaina y de Gorga entre los que destaca uno que, amigo de casa, tenía «un carrito con un caballo en el que iba de Alicante a Gorga, pero se desviaba por Alcoy y era huésped nuestro. En uno de esos viajes yo le pedí que me dejara montar en el carrito y el animal se desbocó».

Gorga, Muro de Alcoy, Valencia..., los lugares de su familia y su infancia han sido referencia obligada en muchas de sus preocupaciones e intereses.

Nunca faltaba la llamada telefónica del domingo, después de comer, a su familia. Breve noticia de lo que había pasado y momento de interés sobre cuanto sucedía por allá. Nacimientos, cumple-

años, primeras comuniones o fallecimientos de conocidos los vivía con la intensidad de quien ama la vida y descubre en ella la presencia de Alguien que nos quiere.

Su presencia en el pueblo, hasta el año pasado en los momentos de la ofrenda floral a la Patrona de Gorga, su gozosa participación en los acontecimientos de familia, su elogio de los arreglos efectuados en la Iglesia de su pueblo con la espléndida colaboración de los vecinos, «como una catedral», ponían día a día de relieve el cariño a su familia, que en ningún momento se sintió lejana y de la que siempre experimentó la más cariñosa cercanía.

Y es que D. Manuel ha sabido mantener sus amistades, a base de sinceridad, claridad y fidelidad en las relaciones y de sencillez en los detalles.

La evidencia de cuanto se indica lo dan el cúmulo de manifestaciones de condolencia que nuestra Comunidad está recibiendo a lo largo de estos días: personal de la Administración Educativa con el que trabajó y discutió tantísimas veces, el Colegio Oficial de Peritos Industriales e Ingenieros Técnicos del que a lo largo de muchos años fue capellán, familias y amigos relacionados con la casa a través de

su persona y de su largo tiempo de gestiones oficiales, se han ido dando cita junto a la figura de D. Manuel a quien no le faltaba, incluso en sus últimos días, la llamada telefónica para avisarles de su estado y despedirse.

Los hijos e hijas de sus amigos se convertían fácilmente para él en nietecillos que necesitan el detalle cariñoso, la corrección o el consejo del abuelo.

Esta amistad se hacía visible en su interés constante por sus compañeros de curso a los que recordaba con afecto: les mandaba sus «memorias» y cuidaba saber de ellos siempre que algún salesiano de otras inspectorías se acercaba hasta Pamplona.

Eran para él un enlace permanente con el pasado gozoso y glorioso de quienes valoraba como un grupo excepcional de salesianos en cuanto a preparación, virtudes y capacidades humanas.

Sabía agradecer la presencia y cercanía de los bienhechores de la casa y era detallista en corresponder con afecto a las muestras de cariño que se le prodigaban.

Hombre exigente y, a veces, de gesto enfadado, ha sabido llegar a la vejez y a sus últimos días con un profundo sentido de gratitud

a cuantos le prestábamos cualquier servicio. Como es natural prefería que algunos se los prestaran y consideraba a otros como más «inútiles» para hacerlos, pero en todos los casos era agradecido y con su voz más débil no dejaba pasar el momento del «muchas gracias».

D. MANUEL, HOMBRE SENSIBLE

Puede ser uno de los aspectos que podría verse más distante en muchos momentos del trato con D. Manuel, justamente por su sentido de eficacia y de eficiencia en las cosas.

Si D. Manuel deja en sus breves páginas de «memorias» un eco de su historia relacionada con esta dimensión de la persona, significa que algo de profundo ha querido reflejar para cuantos quisiéramos hacer memoria de su vida.

Hacia 1923, dice, «me hice músico. Estudié solfeo por el método de Eslava y aunque no fui capaz de entonar las lecciones, las hice rezaditas. Cuando supe unas 30, me dieron un clarinete que, al año siguiente ya tocaba, con otro niño de mi edad, José Aracil, de mi pueblo, también músico.

Toqué en el pueblo y en los «moros y cristianos» de Onteniente, donde cogí el tifus. Llagüiset, padre de los granjeros actuales, me llevó hasta Alcoy.

También fui a Bañeres con la música del pueblo y, cuando una noche coincidimos dos bandas amenizando el baile, a mí, que era un muñeco, me pusieron a dirigir la banda.

Siendo aspirante en Villena toqué en la Orquesta del Colegio que dirigía D. Basilio Bustillo y, en primero de filosofía, pusimos en marcha la banda del Colegio de Gerona que llevaba dos años paralizada. Yo tocaba el clarinete y el saxofón.

Cuando actuamos en las fiestas de Cristo Rey y de María Auxiliadora nos invitaron a ir a tocar a otros pueblos».

Sabemos que siguió cultivando de algún modo esta sensibilidad artística: colaboraba con su preparación técnica en la Dirección de Obras de Teatro y Zarzuelas durante sus años de formación: decorados, atrezzo, luces... eran lugar donde D. Manuel se sentía a gusto.

Dígase lo mismo de su gusto para la música clásica que «debe oírse fuerte para oirla bien» y que, hasta sus últimos años era motivo para mantener la suscripción a tal

o cual revista o para machacar continuamente sobre la conveniencia de que la Comunidad tuviera un buen «compact-disk» con el que poder escuchar buena música.

Como los rasgos de personalidad suelen reflejarse en los diferentes campos de actividad, en D. Manuel Ivorra se manifestaba también en el afán del orden, de la recta distribución de su tiempo, incluso durante estos años en que permanecía largas horas en la habitación.

Gozaba recordando la belleza de un potrillo que diera la yegua comprada por él en Gerona, o el sólo de chistu que escuchó en Lourdes durante la peregrinación de enfermos en la que participó hace dos años.

Era, como se ha dicho, sensible al detalle, a las preocupaciones, a los éxitos de las personas allegadas o de la Congregación, pero sin perder la firmeza en la defensa de sus intereses.

De hecho, al hablar de las negociaciones sobre un posible convenio con la Administración de Navarra indica: «Comí dos veces con el Diputado fuera de casa, una pagada por él y otra por mí, y siempre tropezábamos con el mismo

escollo: yo defendía el parecer de mis superiores sobre la independencia económica y él el control de gastos que considerábamos excesivo».

Se trata, por tanto, de otro rasgo más de un hombre polifacético.

D. MANUEL, HOMBRE DE PAMPLONA

Es una definición presentada por nuestro Sr. Inspector durante la eucaristía de despedida de D. Manuel.

Sin renunciar en ningún momento a sus raíces levantinas, podemos decir que D. Manuel se hizo de Pamplona y para Pamplona. ¡Casi la mitad de su larga vida transcurrió en esta casa y para ella!

D. Manuel es reconocido por cuantos a lo largo de estos años ocuparon cargos en la Administración Pública de los Servicios de Educación como el salesiano que contribuyó de forma definitiva al lanzamiento de esta Escuela como pionera de la F.P.

Cuando llega D. Manuel ya está iniciándose en Navarra el despegue de una F.P. generalizada.

En Pamplona, desde 1927, los Salesianos vienen desarrollando una intensa labor de Formación

Profesional con una concepción más artesanal de las Escuelas de Artes y Oficios y hace falta caminar por cauces oficiales en un país que debe empezar su despegue industrial.

D. Manuel, desde su titulación de Perito Industrial, asumirá la continuidad de las negociaciones oficiales de diferentes convenios a lo largo del mandato de varios Directores. En la sombra, en unos casos y dando la cara en otros, pero siempre al servicio y en pro de los intereses de la casa.

Hombre recto, convencido de sus ideas y con sentido de proyección de futuro, no pierde ocasión para dotar a la Escuela de infraestructuras capaces de albergar la escuela que hoy podemos tener en Salesianos de Pamplona.

Asume en todo momento un sentido de servicio educativo-pastoral en la labor que desarrolla, pero en línea con la tradición y legislación salesiana. Tiene claro que las obras las hace la casa o la Inspectoría, aunque las circunstancias y su propio temperamento le lleve a sentirse el protagonista.

A este respecto llama la atención que así como, hablando de las primeras negociaciones con la Administración le sale espon-

táneo decir, «hice», «dije», «fui»... u otras expresiones de tipo personalista, al hablar de la satisfacción producida por poder disponer de una cuantiosa herencia de las señoritas de Felipe, insignes bienhechoras de la casa, dice *«a la hora de invertirlos, la Inspectoría, que es la administradora de los bienes de las casas, realiza las obras del taller de mecánica, las oficinas y las habitaciones actuales...»*.

Y es que para D. Manuel, la casa de Pamplona era lugar de referencia y de identificación personal.

La Formación Profesional de Navarra y, más en especial, la casa Salesiana de Pamplona, ha tenido en D. Manuel una persona que pretendía, según escribe: *«La supervivencia de la Escuela, la seguridad de un salario para los profesores y la oferta a nuestros alumnos de una buena Formación Profesional»* en un ambiente que hace de la F.P. el «pariente pobre» de la Educación.

Su sensibilidad ante la problemática de la F.P. y, en general ante la evolución del Sistema Educativo, le llevaba estos últimos años a interesarse vivamente por cuanto se refiere a la Reforma y a estar al tanto de las múltiples reuniones en que se han visto envueltos los

diferentes órganos directivos de la Escuela.

Eso no significa que todo haya sido camino de rosas. La propia linealidad de D. Manuel en sus planteamientos, su firmeza en lo que consideraba criterios fundamentales para el mantenimiento de la F.P., su propio sentido de eficacia y, en muchos aspectos, de economía de mercado con claves de rentabilidad, le llevaba a proponer y a tomar decisiones que no siempre satisfacían a todos.

A veces podía sonar a favoritismo el trato de las diferentes secciones de la casa, desde las cotas de poder que pudo manejar a lo largo de muchos años, pero es igualmente cierto que su sentido de eficacia y su experiencia en el trato con el mundo de la economía y la política *«que son los que tienen el poder»* le llevaban a querer la casa de Pamplona, incluso por encima de otros intereses y valores importantes.

Hasta tal punto vivía los intereses de la casa de Pamplona que siempre que, en broma, se le invitaba a ver un partido de fútbol, ponía un gesto de desagrado o se negaba rotundamente. *«A causa de un partido de fútbol televisado, los diputados suspendieron una sesión de trabajo en la que se planteaba la*

posibilidad de que nos diesen la Escuela de Ingeniería Técnica de Navarra y cuando, después de varios días, continuó la sesión, nos la quitaron.» Desde entonces no se interesaba por el deporte.

SIGNOS DE ESPERANZA

El Espíritu Santo quiso adelantarse al encuentro y, en la Vigilia de Pentecostés, D. Manuel entregaba su vida al Señor.

La muerte de D. Manuel Ivorra, deja un hueco importante en la vida de nuestra Comunidad. Su silla de ruedas no se cruza entre nosotros y no tenemos que estar pendientes de cambiarle la bolsa o ayudarle a acostarse.

Pero, su muerte, estamos seguros, va a ser siembra de futuro y apertura de horizontes a la fecundidad del Espíritu entre nosotros.

Cuando D. Manuel celebraba su Primera Misa Solemne en Alcoy, muchos chavalillos estaban presentes en la ceremonia y no menos de seis o siete de ellos hoy son salesianos.

Nosotros hemos depositado su vida como ofrenda para su Primera Misa, su Eucaristía, junto al Padre.

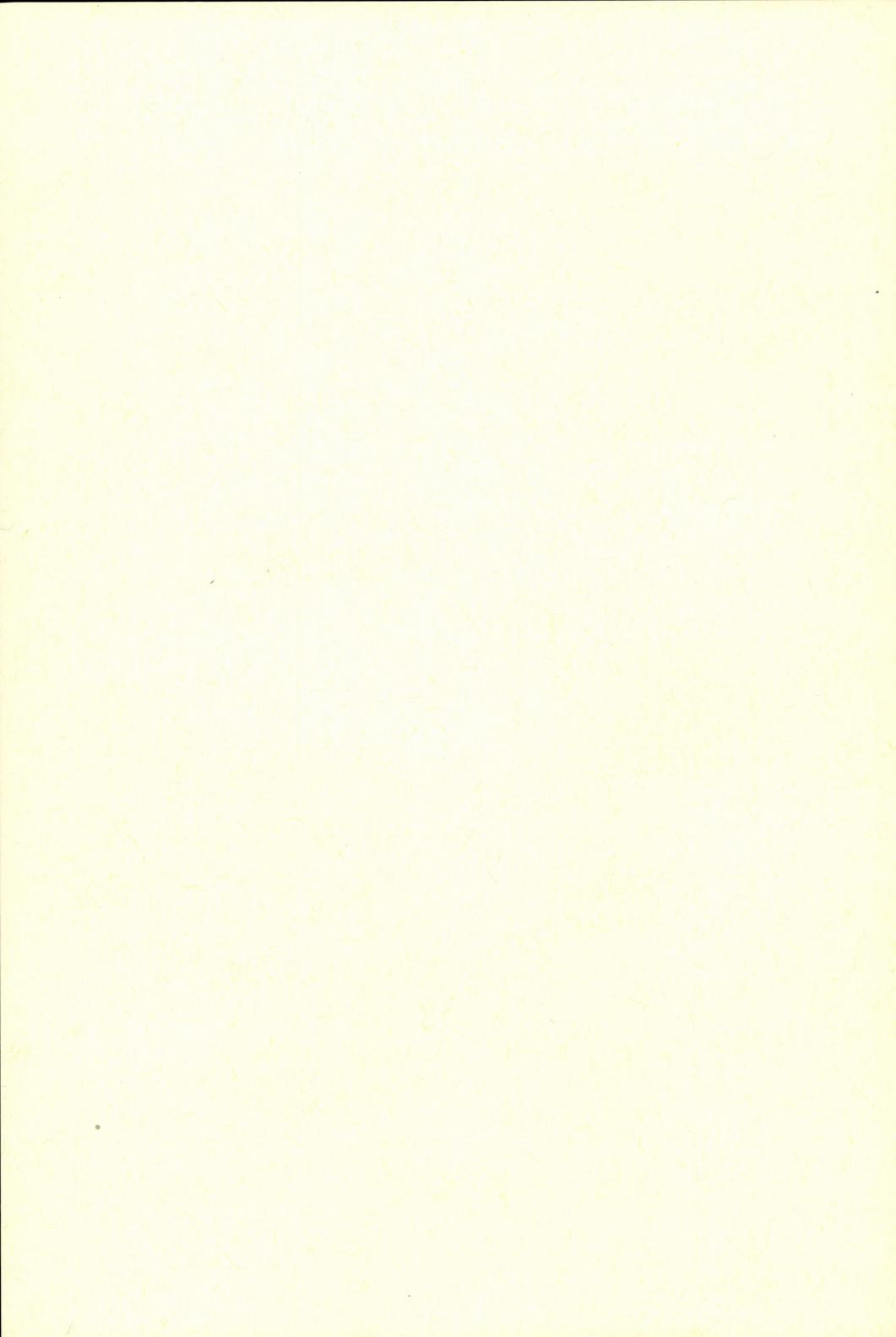
Y ahora esperamos que, como en aquel 1946, todo ello sea semilla vocacional para otros jóvenes que den fecundidad a cuanto las generaciones precedentes han sembrado en la Congregación y en la Iglesia.

Cuántos hemos convivido con D. Manuel, sabemos lo que luchó y trabajó por la casa de Pamplona, por la Formación Profesional, por la juventud y la industria de Navarra. Por eso, esperamos fundamentalmente que su intercesión y su amor a esta casa sigan siendo semilla vocacional de futuro.

Desde esta perspectiva, a la vez que agradecemos el cariño y los cuidados prodigados por tantas personas a lo largo de la vida y enfermedad de D. Manuel, contamos con vuestro recuerdo ante el Señor para que nuestra esperanza se haga realidad.

Pamplona, 4 de Junio de 1995.

**LA COMUNIDAD
SALESIANA DE PAMPLONA**





DATOS PARA EL NECROLOGIO:

Sac. MANUEL IVORRA SEGURA

- Nacimiento en Gorga (Alicante) el 19 de Setiembre de 1911.
- Primera Profesión en Gerona el 31 de Julio de 1934.
- Profesión Perpetua en S. Vicenç dels Horts el 16 de Agosto de 1942.
- Ordenación Sacerdotal en Madrid el 15 de Junio de 1946.
- Muerte, en Pamplona el 3 de Junio de 1995.